

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Yacabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

La recta razon y la eternidad de las penas infernales.

Por mucho que la incredulidad moderna aguce su ingenio, no presentará demostracion alguna para hacer triunfar su sistemática oposicion al dogma católico de la eternidad de las penas que los réprobos padecen en el infierno.

Ya que se ve derrotada en el campo de la teologia, apela al campo filosófico en busca de argumentos contra nuestro dogma y alega como en son de victoria que la eternidad de las penas infernales se opone con diametral oposicion al dictámen de la razon natural, y pugna con la idea de Dios y de sus mas sublimes atributos.

Vamos á demostrar lo contrario, valiéndonos de los principales argumentos que la teologia

católica emplea con éxito indisputable para la confirmacion de la verdad y la derrota del error.

Hemos visto en el artículo del último Boletin que el dogma de la eternidad de las penas ha sido revelado por Dios. Es imposible que entre la revelacion y la razon exista discordancia, imposible que haya conflicto entre los dogmas revelados y los principios de la recta razon porque uno mismo es el principio de la teologia y de la filosofia, de la revelacion y de la razon, á saber: el mismo Dios es el foco de donde proceden esos dos rayos que iluminan y vivifican al mundo de las inteligencias y de los corazones; de donde se infiere que la verdad revelada no puede ser contraria á la verdad natural, que entre los principios de la fé y los principios de la ciencia, en-

tre las enseñanzas de la teología y las de la filosofía es imposible toda antilogía real y sustancial, y que los soñados antagonismos entre una y otra ciencia, entre el dogma y la razón solo proceden ó de la ignorancia mas deplorable, ó de lastimosas preocupaciones contra las doctrinas católicas.

No pretendemos demostrar este dogma á la luz de la filosofía y con argumentos sacados de la razón natural, pero si esto no podemos intentar, podemos ciertamente convencer á la incredulidad de lesa razón humana, porque pretende enemistarla con la razón divina que es su sol, su regla y su vida; podemos demostrar que nuestro dogma no está reñido con la razón, que no envuelve repugnancia, antes bien resulta de un examen atento y concienzudo de esta interesante materia que la razón humana, para no caer en absurdos increíbles, necesita someterse con sumisión absoluta á este dogma divino que ilumina con su luz soberana el problema mas difícil y trascendental de la ciencia antropológica, á saber: nuestro destino de *ultratumba*.

Asienta nuestro dogma que Dios, justísimo remunerador de las acciones humanas, impone á

los hombres muertos en pecado mortal la pena *privativa* y la pena *positiva*, la primera que consiste en quedar privados para siempre de la visión beatífica, y la segunda que consiste en el fuego, y otros tormentos.

La primera pena, la privación de la visión beatífica, la pérdida eterna de la gloria es una consecuencia natural de la conducta que los réprobos siguieron durante su vida. Ellos podían y debían emplear su vida en obras buenas para alcanzar la vida eterna; y voluntariamente la emplearon en obras malas, sabiendo que entregándose á los goces del pecado, perdían para siempre los goces de la gloria, y que se colocaban por su propio querer, por un abuso deplorable de su libre albedrío en un estado fijo, inmutable, en el cual es imposible recuperar la pérdida bienaventuranza, no de otra manera que si uno seprivase voluntariamente de los ojos, aunque viviera eternamente, ciego seria por toda la eternidad.

Además, entre el pecado mortal y la pena eterna existe una de aquellas necesarias y generales conexiones que son de notar entre las causas y los efectos. Como los cuerpos, obedientes á la ley de la gravedad, descienden nece-

sariamente, si algun obstáculo no se lo impide, al centro de la tierra, así el alma que sale del cuerpo en estado de culpa mortal, desciende por su propio peso, *sponte quadam sua*, al abismo, y separada de Dios, se irroga á sí misma la eterna condenacion (1). No quiere el réprobo perdon ni clemencia. Abórrece á Dios con toda su voluntad, de todo corazón, yaunque pudieran obtener gracia, y clemencia del eterno Juez, no la pedirían. Confirmado en el mal, su estado es inmutable, su pecado irremisible, el ódio que tiene á Dios inextinguible, de donde se infiere que habiendo de ser eterno el estado de la culpa, eterno debe ser el castigo. Este castigo se llama *pena positiva* que necesariamente es eterna, é interna, como el horror que atormenta al réprobo, en vista de sus pecados é ingraticudes, la afliccion que siente por el bien perdido, y la desesperacion y rábía que le devora por no poder recuperarlo; desesperacion que se acrecienta y sube de punto al considerar la dicha de aquellos que no abandonaron la senda de la virtud, y vivieron en el servicio de Dios. A esto se llega el desgarrador estímulo de la conciencia, gusano

roedor que como dice el Evangelio, jamás muere, y eternamente afligirá los pecitos. Finalmente, además de estas penas *privativa y positiva intrínsecas* hay otras extrínsecas, que se llaman *tormentos*. ¿Y qué hay en esta creencia que se oponga ó contradiga á la recta razon? Ella dicta este principio de justicia que solo puede ser impugnado por la ignorancia ó la insensatez: que el culpable debe ser castigado con aquellas cosas de que abusó en su vida y que le sirvieron para labrarse su eterna desventura. Que hable Santo Tomás, y entenderemos mejor esta materia.

Así como á los buenos se deben premios, á los malos se deben castigos. Los que obran bien, se perfeccionan y deleitan en el fin de sus buenas obras; justamente sufren los malos esta pena, á saber; que reciban afliccion y tormento de aquellas cosas en las cuales pusieron su último fin. *Per quæ quis peccat, in iis punietur.*

Z. M.

VARIEDADES.

Dos miembros de la primera aristocracia de Austria acaban de entrar de novicios en la Compañía de Jesús, en cuyo colegio de Kalksburg, cerca de Viena, han recibido su educacion. Son el príncipe Carlos de Hohenlohe-Langen-

(1) Leibnit Syst. theol. pág. 338.

bourg, de edad de 20 años, hijo del príncipe Luis y de la princesa Gabriela de Tratmaunsdorf; y el conde Pablo de Huyn, hijo del conde Huyn-Saentheim. Un sobrino del célebre M. Blainé, candidato recientemente á la presidencia de la República de los Estados-Unidos, M. Walker, acaba de entrar en el noviciado de la misma Compañía y también un hijo del general Sherenpu.

Un periódico profesional madrileño que ha empezado á ver la luz pública en Madrid ha insertado las siguientes líneas: «El nombre de Dios se expresa con cuatro letras en los idiomas conocidos: En latín se llama *Deus*; en germánico, *Goht*; en griego, *Teos*; en siríaco, *Ella*; en árabe, *Alah*; en egipcio, *Jhon*; en etiope, *Auge*; en abisinio, *Agst*; en persa, *Syry*; en ilfrico, *Boog*; en español, *Dios*; en francés, *Dieu*; en húngaro, *Gogi*; en moscovita, *Tios*; en cirénico, *Fepa*; en hormieno, *Alár*; en ingélico, *Goot*; en safránico, *Buza*; en escocés *Goet*; en maldivico, *Obra*; en hiberno, *Dich*; en melindico, *Abag*; en sarraceno, *Agdi*; en mansingo, *Bust*; en mogol, *Orsi*; en sumatlo, *Pole*; en asirio, *Abad*; en japonés, *Zaca*; en conflujo, *Teos*, en filipino, *Mora*; en peruano, *Zinú*; en chileno, *Hono*; en idico, *Tura*; en paraguayo, *Duir*; en tártaro, *Anot*; en dequeitio, *Hoba*; en californio, *Soto*; en mejicano, *Cosá*; en congo, *Adop*; en canadiense, *Biri*; en angolano, *Anno*; en islándico, *Gudli*; en mauritano, *Alla*; en bohemio, *Buoh* y así los demás.» Los catalanes lo pronuncian con menos, pues dicen *Deu*.

CORAZON DE ORO. (1)

LEYENDA.

—
Conclusion

Sufre si quieres gozar,
Baja, si quieres subir,
Pierde, si quieres ganar,
Muere, si quieres vivir.

VI

Al siguiente día apenas amaneció, Corazon de Oro saltó de la cama, rezó sus oraciones, y sacando un libro de memorias, escribió:

Cuenta de su Divina Magestad con Manolin Corcuera:

DEBE.	Pesetas.
Por donativo á un prógimo que rompió un cántaro.	1
Por una jaulilla á una prójima para su ruseñor.	1
Por un baño fresco que tomé: pongamos.	1
TOTAL PESETAS.	3

que multiplicadas por 100 segun San Mateo, hacen la suma de 300 pesetas.

Aun no habia terminado de escribir la cláusula, cuando los criados invadieron con estrépito el aposento, llevando en la mano una caja que contenia un magnífico baston de caña de Indias con puño de ágata y oro, regalo del enfermo de la vispera, que no era otro que el Sr. Alcalde mayor, el cual habia experimentado tan notablemejoria aquella misma noche, que se hartaba de bendecir al reli-

cario y al generoso Manolin. El baston valía mas de cuatro onzas de oro.

No habia acabado de contemplarlo, cuando la criada penetró dando gritos con un jamon en la mano, y dos enormes morcillas, presente de la madre de Pacorro, que aunque pobre, era una mondonguera como Dios manda. Y como la vispera cabalmente habia hecho la matanza, la buena mujer no se hartaba de repetir á las vecinas que aquel dia de matanza, habia nacido providencialmente, en justa compensacion, su Pacorro, por la generosidad de Corazon de Oro.

Una señora rumbosa y compasiva que desde su ventana habia presenciado el heróico rasgo de Manolin, mandó á poco una tarjeta de felicitacion y media docena de botellas de Jeréz.

Cuando Corazon de Oro se vió solo, y maquinalmente, fué á acabar de escribir la deuda de Dios... se quedó tan estupefacto y corrido, de ver la generosidad de su Divina Magestad, que pagaba los plazos con creces, aun antes de cumplidos, que se echo á llorar.

Llorando le encontró su respetable madre que venia á comérselo á besos, y suponiendo que su hijo era ya víctima del primer ataque de la terrible enfermedad, exclamó:

—¡Ay Santa María la Blanca! ¡Fortaleced su corazon!

—¡Madre y Señora mial respondió Manolin. Sepa vuestra merced que estas lágrimas no son de melancolía, sino de gozo puro y sólido. Con vuestra anuencia voy á seguir esplotando el filon.

Y al punto dió las órdenes para que llevasen el jamon y morcillas á una po-

bre familia que perecía de miseria, y las botellas á un desgraciado cesante que habia perdido el apetito al perder el empleo, y el relicario á otro enfermo de peligro, consejero de la Sala de las Mil y quinientas.

No estamos lejos de asentir, que el hacer bien viene á ser como el comer y el rascar, que solo quiere principio. La caridad tiene tambien sus *golosos* y sus fanáticos: darse á hacer bien y despedazarse por su prójimo, es en ciertos héroes pasion tan avasallora, como en los borrachos y rateros el beber ó robar.

Siendo el hombre naturalmente egoísta, ¿qué les mueve é impulsa á esos héroes á sacrificarse? Tal es el misterioso licor que embriaga las almas para quienes el placer es basura; y ese era tambien el que secretamente colmaba el corazon de Manolin, quien decia para si, que no era mucho que tuviera vacio el corazon, aquel que se propone llenarlo de vaciedades. Por eso, siguiendo su filon, y viendo que el Palacio se le llenaba de dones, mientras tantos hermanos suyos morian á falta de lo preciso, informóse de las mayores necesidades.

Y habiéndose enterado de que en el pueblo habia un pobre zapatero corto de vista que apenas trabajaba, y un coche-ro que no enganchaba porque se le habia descabalado el tiro, y un ciego que no tañía porque tenia rota la guitarra, y un vecino hablador que padecía sabañones en las orejas, y un oidor sordo que lamentaba su desdicha, y un estudiante resfriado por llevar agujeros en la capa, y una huérfana desconsolada porque no tenia amparo, y un barbero aburrido

porque no sabía ni una noticia, y un labrador melancólico porque la seguía le agostaba la cosecha, y finalmente un zagal afligido por que el lobo se le había merendado cuatro ovejas de la majada.

Al punto regaló unos anteojos al zapatero, un caballo al mayoral, un tapabocas al vecino, una guitarra al ciego, una trompetilla al oidor, una capa al estudiante, una dote á la huérfana, una suscripción á la *Gaceta* al barbero, una norria al labrador y seis ovejas al zagal majadero.

Y como Dios nunca se queda atrás en liberalidad, de allí á poco tiempo, el zapatero heredó de un tío de América y le regaló unas botas de montar, y el cocheró ganó el oro y el moro y le regaló un caballo, y al ciego le cayó la lotería, en el último décimo que le quedaba, y le regaló un clavicordio, y el oidor ganó un pleito y le regaló un magnífico pupitre con incrustaciones, y el estudiante ganó á oposición una prebenda y le regaló una librería, y la huérfana se casó con un Contador de Caminos y le regaló un coche, y al barbero le colocó el ministro de oficial de Mostrencos y le regaló un tocador, y el labrador logró gran cosecha y le regalo cuatro celemines de garbanzos, y al pastor le lució tanto su majada, que le regaló una vaca.

VII.

Pasaron años.

Corazon de Oro, sonriente, benévolo, angelical, optimista, amigo de todo el mundo, pasaba constantemente victoreado por el nutrido coro de agradecidos que le colmaban de bendiciones. Una de

las raras excepciones en este concierto había sido Pacorro, pilluelo de índole malvada, que había pagado con pérdida ingratitud, desazones y burlas, los repetidos favores de su bienhechor. Este, que le había redimido de la suerte de soldado, llegó hasta admitirle en su Palacio como criado, pero Pacorro mordió la mano que le favorecía y acabó robando á su amo varias alhajas, entre ellas el *agnus Dei* que tenía aquél en gran aprecio. Una vez despedido, Pacorro se vengó, yendo por la noche con varios baturros á dar serenata bestial á su bienhechor.

A tu puerta hemos llegado
Cuatrocientos en cuadrilla
Si quieres que te cantemos
Saca cuatrocientas sillas.

Y á continuación, haciendo mas claramente alarde de su imprudencia:

No canto porque me escuchen
Ni tampoco porque sé
Canto porque me dá gana
Y por fastidiar á usted.

Detras de esta, vino la siguiente copla alusiva al robo:

Yo tenía un *agnus Dei*
Al cuello, como es costumbre
Me lo quitaron diciendo
Qui tollis peccata mundi.

Finalmente, añadiendo la burla á la desvergüenza, acabó con ésta:

Yo conocí á un don Manuel
Que era un hombre muy cabal,
El se metió en el querer
Y murió en el hospital.

Fuera de estas contradicciones, Corazon de Oro disfrutaba no solo el aura popular, sino la inmensa satisfacción de haber sanado de la enfermedad heredi-

taria, pues su corazón, no solo se sentía lleno, sino que rebosaba de satisfacción y de amor á Dios y al prójimo por Dios.

Un día llegó la noticia al pueblo de que Pacorro, que capitaneaba una partida de bandoleros en la sierra, acababa de ser copado y condenado á muerte. Corazón de Oro no paró ni descansó hasta que logró del Rey su indulto.

No quedó aquí la cosa. Pacorro, atacado del tífus, cayó gravemente enfermo en la cárcel, á consecuencia del susto, fatigas y mala vida pasada. Corazón de Oro pidió en seguida constituirse en enfermero suyo, y lo logró con tanta mayor facilidad, cuanto que en el hospital era superiora Blanca, que había entrado Hermana de la Caridad.

El bandido se avergonzó un momento, pero su índole salvaje prevaleció, y con malos modos hacia, ó no hacia, lo que le suplicaba Manolin.

Al cabo de varias noches que este pasó velando á su cabecera, Pacorro entró en convalecencia, pero con un humor tan perro y profiriendo tales blasfemias, que todos dejaron solo á Corazón de Oro. Un día que éste afectuosamente le sirvió una taza de caldo:

—¡Mal rayo te parta, beato!—blasfemó aquél faniceroso.—¡Anda so pillito! ¡De los perros merecias tú ser comio! ¡Arguna venera te corgarán á ti cuando lo haces! ¡Si no, no te mamarias tú tantas esazones! ¡Caldo me traes ave fría! ¡Qué poco me traes peñascaró! ¡Si no te tiro la escudilla á la sesera!

Corazón de Oro soportó con una paz angelical tan fiera granizada, y aquel día pareció más empeñado que nunca en

hacer feliz á su enfermo. Le mudó la cama y la ropa, le aderezó y perfumó el cuarto, le agenció un buen cigarro, que Pacorro saboreaba con deleite, sirvióle la comida con más afán, esmero y afabilidad que de costumbre, le leyó un ratito, y rezó con él algunas oraciones.

Parroco, que como sabemos tenía mas puntas que un herizo, no pudo menos de conmovirse al ver, ya muy entrada la noche, que su guardian rehusaba acostarse, por quedarse á velarle el sueño.

—Váyase V. á dormir, mi amo,—gruñó entre político y áspero.

—Estoy bien, *amigo mio*, gracias. Hoy ha pasado mal día...

—Ca, no Señor, sino que yo soy *asina*. Vamos, váyase usted y no se moleste por mí...

—¡Ay no es oro todo lo que reluce, hermano!

—¿A que le hago yo á V. un favor con dejarme cuidar?

—Ha dicho el evangelio, porque textualmente reza: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estuve enfermo, y me visitasteis.» Conque ya ve, hermano, que quien se hace enfermero por Dios, se enriquece con las miserias de sus prójimos, y transforma la suciedad en agua de rosas, las llagas en diamantes, y los harapos en vestiduras de gloria.

—¡Lo que es si le dejan á V. hablar!

—No me agradezca nada, hermano, porque yo soy un desnaturalizado, egoísta... Y tal vez no haría nada por el prójimo si no hubiera leído en la Escritura, que «al que es misericordioso, le librará

el Señor de la aflicción, le conservará, vivificará, hará feliz en la tierra y no lo entregará en manos de sus enemigos; y además, hermano, que será su enfermero en el lecho del dolor, y que *el Señor mismo le mullirá la cama* (textualmente) *para que descanse dulcemente en sus enfermedades* (1).

—¡Usted sí que tiene *prójimo*, D. Manuel!...

—¡Lo que soy yo, es un hipócrita que nadie conoce bien... Ea, duerma hermano y haga por descansar.

Al despertarse al día siguiente, sintió Corazón de Oro llenársele el corazón de una dulzura y consuelo tan desconocidos y regalados, que no pudo menos de participárselo á la Hermana Blanca, que se perdía de vista en punto á santidad. La cual, le contestó en estos términos:

—Sabe, hermano mío, que las consolaciones celestiales que Dios suele conceder á los buenos, aunque infinitamente superiores á todos los deleites humanos, todavía no alcanzan á constituir la suprema felicidad. El mayor favor que el Señor concede á una alma, es el de desear sufrir por su amor. Sacrificarse por el prójimo es algo, sobrellevar humillaciones y oprobios es más, deleitarse en padecer por Dios es mucho más, y esto, esto es lo que llena: como hijos del cielo, somos demasiado grandes, y nuestro corazón, demasiado vasto: ¡Dios, y sólo Dios, puede llenar su inmensa capacidad!

Corazón de Oro repartió su hacienda entre los pobres, y no se cansó ya de

sufrir ni de buscar trabajos por Dios; y lo gracioso, es que cuanto más padecía por su divina Magestad, más lleno sentía el corazón. Pacorro se cansó de ser un animal, y acabó por convertirse al lado de aquel Santo.

Después de su conversión cantaba esta copla:

Hasta la leña en el bosque
Tiene su separación;
Una sirve para Santos
Y otra para hacer carbon.

Blanca voló al cielo. Y el monasterio de Santa María la Blanca cobró el premio de 200.000 maravedís, legado por el señor de Corcuera, en favor del que descubriera el remedio cierto para llenar los corazones vacíos de tan ilustre familia.

J. M. C., s. J.

Colección

DE

Sermones, homilias y panegíricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARÍAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

También se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.

(1) Salmo, 40, 4.